

LITERATURA SÍSMICA PARA LEER ENTRE RÉPLICAS

*Faride Zerán Chelech*

## FARIDE ZERÁN

Periodista. Premio Nacional de Periodismo 2007, profesora titular del ICEI de la Universidad de Chile. Entre 1997 y 2003 fue Directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. En 2003 fue la primera Directora del Instituto de la Comunicación e Imagen –ICEI– fundado bajo su dirección. Entre el 2000 y 2004 fue integrante del Directorio de TVN. Fue fundadora y Directora de la revista cultural “Rocinante” (1998-2005).

¿QUÉ HA CAUSADO MÁS IMPACTO y muertes en nuestros escasos 200 años de historia republicana?: ¿los eventos políticos-sociales o aquellos que provienen de nuestra frágil naturaleza sísmica? ¿Qué ha concitado más memoria? ¿El Golpe de Estado de 1973? ¿La masacre del Seguro Obrero? ¿De la Escuela Santa María de Iquique? ¿O, el Gran Terremoto de 1906? ¿O bien el de 1985? ¿O el del 27 de febrero del 2010, que afectó a un tercio del territorio nacional, y que alcanzó un grado de 8.8 en la escala Richter?

Sin duda el de 1960, en Valdivia y que es consignado como el primero en el mundo por su magnitud.

Si la historia de Chile se contara a partir de sus eventos sísmicos sería solo desastres y representaría una mirada fragmentada, sino metafórica de la complejidad de un devenir político, social y cultural de un país rico, diverso y complejo, como suelen ser los pueblos interesantes.

En estas páginas damos cuenta de letras libres moviéndose ya no a escala humana sino de Mercalli o Richter, instrumentos que si bien miden la magnitud de nuestros desvelos telúricos los hemos transformado en parte de nuestra vida cotidiana, cual termómetro que evalúa las dimensiones de una gripe.

Es la literatura y sus réplicas moviéndose en otros códigos. No en vano se llegó a suspender el V Congreso Internacional de la Lengua Española, que debía comenzar en la ciudad de Valparaíso dos días después del terremoto del 27 de febrero de 2010, dejando con las maletas listas al rey Juan Carlos de España y a la presidenta Michelle Bachelet.

Pero si bien ese encuentro internacional alcanzó a ser aplazado, no corrió igual suerte el Congreso Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil que congregó en la capital chilena a un gran número de narradores y editores de diversos países, entre ellos el escritor mexicano Juan Villoro, y que ya está sirviendo de cantera creativa para cuentos y relatos que harán temblar de miedo a niños y jóvenes que poco o nada saben de tsunamis y otros desastres telúricos.

1

–“Sin morir del Todo” es un libro muy bueno–, le comentó Juan Rulfo a su autor, Poli Délano, en medio de un café que compartían en la librería El Ágora, en Ciudad de México. Eran los años setenta, época en que el escritor chileno se resguardaba de las otras convulsiones, ya no telúricas sino políticas, que asolaban la totalidad de nuestra larga y angosta franja de tierra.

A mediados de ese año, en 1975, los diez relatos fueron editados en México, y trece años más tarde en Chile, dando cuenta en uno de los cuentos que la memoria sísmica es tanto o más fuerte que aquella que nos arranca el corazón.

*Terremoto* se llama este relato, estructurado en el vértigo de una narración sin pausa, que en sus páginas finales se encarga que la tierra le dé la lección final a una de sus protagonistas, Silvia:

–Justamente tú, la menor de las tres... porque una cosa es machucarse firme y aguantar esa pobreza que parece un destino, ese no tener dónde caerse muerta, ese vivir por no dejar, puro comiendo y respirando, y otra es venderse así nomás a un buen postor, sin siquiera luchar y eso Silvia, porque el papá nos quiso enseñar siempre a honradas, a apechugar con lo que cayera y ahora se habría pegado un tiro dentro de su tumba –que en paz descanse, sin embargo– de saber que te hiciste puta, justamente tú, la menor de las tres.

2

El castigo de la naturaleza, cual la ira de Dios, funciona en tanto moraleja para aplastar bajo su peso las conductas “ligeras” del estilo de Silvia, con Poli Délano evocando seguramente el terremoto de 1960 en el sur de Chile, o en el relato del escritor alemán Heinrich von Kleist, invocado en el libro de Juan Villoro *8.8: el miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*. Libro que narra las vivencias de este escritor y periodista mexicano la noche del 27 de febrero de 2010, cuando desde el séptimo piso de un hotel enclavado en el centro de Santiago de Chile, vivió una noche nefasta que lo llevó a reflexionar no sólo acerca de la pluma de Von Kleist en su creación situada en Santiago cinco siglos atrás, sino también sobre nuestra frágil condición humana cuando se vive un terremoto grado 8.8, en una madrugada en la que los movimientos lo hacen saltar de la cama y bajar a tientas las escaleras de emergencia que conducen a la calle, para asumir en medio del tumulto la importancia de esa extraña prenda llamada... ¡pijama!

–La acción del relato cuyo título es *El terremoto en Chile* –cuenta Villoro– se ubica en 1647, en la ciudad de Santiago (que el escritor alemán escribe como “St. Jago”). El

acaudalado Henrico Asterón confía la educación de Josefina, su hija única, al joven Jerónimo. El maestro seduce a su alumna y la convierte en su campo de conocimiento. Don Henrico enfurece y la chica es enviada al convento de las Carmelitas. El amante logra entrar ahí. Josefina queda embarazada; la relación clandestina se pone al descubierto, la ciudad se sume en el escándalo, los protagonistas son detenidos y confinados a prisiones separadas donde aguardan la pena de muerte.

3

–¡Silvia, Silvia! –Ximena golpeaba desesperada a su puerta–. ¡El Chalo te anda buscando, arranca, te va a chancar duro, a todos se lo dice!

Es la culminación del cuento de Poli Délano contenido en el libro *Sin morir del todo*:

–Aún semiadormecida, Silvia se levanta de la cama cuando el primer ruido seco y vibrante le puso los pelos de punta, le congeló las tripas y le detuvo la sangre. Dios santo, el mar retirándose, los hombres disparados al aire como langostas, la tierra tragándose las casas, una lancha sobre la cúpula de la iglesia, los techos volando, el aullido incesante de los perros y esa misma sensación de que la cosa ya viene, ya está llegando, la pesadumbre de no ser lombriz, babosa, sanguijuela, no, ahora no. La violencia del segundo movimiento hizo que se resquebrajaran los muros y cayera a pedazos el techo.

4

Dice Juan Villoro que en su mazmorra Jerónimo “odia la vida”:

–¿Vale la pena una existencia donde no es posible estar con la persona amada? Resignado ante su suerte, solo lamenta no morir en compañía de Josefina.

En esa situación lo sorprende el terremoto. Los muros se vienen abajo, los guardias quedan sepultados bajo las piedras, el aire fresco llega al sitio que él juzgaba inexpugnable.

Jerónimo escapa y recorre la ciudad devastada por el sismo. El río Mapocho se ha desbordado y la gente se refugia en los cerros. La supervivencia es un exaltado desorden.

(...) El gusto de estar vivo se mezcla entonces con el temor de no poder dar con Josefina. Esta ilusión lo desespera; la posibilidad de recuperar el placer activa la inquietud. ¿El mismo Dios que le devolvió la libertad podrá traerle a su amada? ¿Es lícito y posible aumentar de ese modo el grado de la dicha?

La fábula moral avanza, y con ello la reflexión del escritor y periodista mexicano que se interroga acerca de este texto de Kleist.

–Todo terremoto convierte a los sobrevivientes en víctimas omitidas: podrían haber muerto, pero se salvaron. ¿Responde esto a una casualidad o a un designio? La pregunta tiene sentido para cualquiera que atraviesa un caso semejante –señala Villoro, y concluye–: La oportunidad de no morir exige examen de conciencia.

5

Si bien esa oportunidad no la tuvo Silvia, aplastada por la techumbre que se desploma desde la imaginación de Poli Délano, sí se abre para Carlos Pezoa Véliz, nacido en 1879, y considerado un poeta fundacional y fundamental de la poesía chilena.

Muerto a los 28 años, el autor de “Nada”, o “El Pinto Pereza”, escribió uno de sus poemas más populares, “Tarde en el Hospital” mientras estaba internado en el Hospital Alemán de Valparaíso, recuperándose de las dos piernas destrozadas, al quedar atrapado en un derrumbe de paredes en medio del terremoto de Valparaíso ocurrido el 16 de agosto de 1906:

Sobre el campo el agua mustia  
cae fina, grácil, leve;  
sobre el campo cae angustia:  
llueve.

Y pues solo en amplia pieza  
yazgo en cama, yazgo enfermo,  
para espantar la tristeza,  
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado  
junto a mí, cansada, leve;  
despierto sobresaltado;  
llueve.

Entonces, muerto de angustia,  
ante el panorama inmenso,  
mientras cae el agua mustia,  
pienso.

—Eran como las ocho de la noche. Habían anunciado la comida. Daniel junto a su madre observaba cómo ésta se lavaba las manos en el lavatorio de plaqué. La veía alta y hermosa, escobillándose las uñas con prolijidad. Fue ella quien dijo la primera: ¡Está temblando...!

Daniel no entendía o no recordaba esta palabra. Nada había sentido que mereciera un casillero aparte en la experiencia. Ahora, un leve ruido y algo como una inquietud en las piernas lo hacía alzar la cabeza con mirada interrogante.

Es Daniel, el personaje de la novela *Niño de Lluvias*, de Benjamín Subercaseaux, quien comparte con su creador no solo el año de su nacimiento, 1902. Además, la intimidad de una infancia y pubertad que los une en una suerte de autobiografía de este ensayista y narrador chileno, que en 1963 recibiera el Premio Nacional de Literatura.

Escrito en 1938, dos años antes de su obra más reconocida *Chile o una loca Geografía*, Benjamín Subercaseaux, estudiante de medicina de la U. de Chile y luego Doctor en Sicología de La Sorbonne, relata el Gran Terremoto de 1906 en esta novela-ensayo sobre la niñez:

—¡Mira! —dijo la madre, y señaló la lámpara de gas con sus cuatro tulipas rosadas y sus dos pesas colgantes: la lámpara oscilaba levemente.

De pronto, con una brutalidad contenida, vino un empellón horizontal como una resbalada de piso, tan inesperada que el pequeño Daniel se aferró al peinador mientras la madre, enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa para no caer, estrechaba fuertemente al niño con la otra.

El estrépito se hacía general y ensordecedor. —¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral! —gritaba la tía, que venía arrastrándose en sus muletas y apoyándose en los muros, cada vez más oblicuos.

Daniel no sabía qué pensar. Su corazón latía con fuerza como si quisiera escapársele. Inconscientemente miraba hacia el cielo enrojecido por ver si caían los astros (...) Después casi perdió el sentido del tiempo. Recuerda que la tierra, enfurecida, comenzó a dar unos tremendos golpes que parecían desclavar las tablas del piso. La lámpara, violentamente, cogió una cimbra de pared a pared, y una catarata de polvo se desprendió del techo. Un alarido de angustia se elevó de toda la casa y de las vecinas, mientras las paredes y las vigas lanzaban quejidos en cada empellón.

La descripción de Benjamín Subercaseaux no ahorra detalles. Se trata de una obra de ficción escrita por quien conoce los secretos del alma humana y también es certero en aquellos que esconde la tierra. Como se percibe también en su ensayo *Chile o una loca geografía*, publicado en 1940, con un prólogo de Gabriela Mistral

que bajo el título de “Contadores de Patrias” es elocuente en elogios a la lucidez y talento de Subercaseaux, a quien le advierte que “más de un compatriota va a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta en frente de la chilenidad”.

Las réplicas de este ensayo –que en poco tiempo alcanza tres ediciones– son anunciadas por Mistral no con cierta ironía: “Ahora va a usted sentarse bajo el mismo árbol del apóstol zumbón. No le envidio la tormenta, pues habiendo picado sólo de paso al Buey Apis de la pedagogía criolla, yo saqué de mi ocurrencia varias lastimaduras (...) Pero, ¿dónde iríamos a parar si viviésemos atollados en el plasma oleaginoso de la complacencia o si acabásemos por asfixiarnos, embetunados en la glosura pegajosa que es la autoadulación patriotera?”.

7

Es en la segunda edición de *Chile o una loca geografía*, publicada en el otoño de 1941, cuando su autor se vanagloria de que “por fin la vida popular de Valparaíso y los temblores de nuestra Tierra Inquieta fueron descritos con la precisión que merecen”.

Se refiere a un capítulo de este ensayo, llamado “El país de la tierra inquieta” que habla de los volcanes, ríos y valles, de las minas y su gente, y en el cual reflexiona sobre la naturaleza volcánica o sísmica de esta tierra:

–Los terremotos son una experiencia extraña para el que no ha tenido la ocasión de sentirlo alguna vez. Pertenecen a ese grupo de sensaciones inefables que es imposible imaginar sin haberlas vivido. El fenómeno podrá ser explicado como se quiera, descrito minuciosamente: ni aún así lograremos traducir las sensaciones que produce.

Lo que emprende Benjamín Subercaseaux en su ensayo no es una explicación científica del origen, las fallas geológicas o las intensidades que pueden explicar la naturaleza rotundamente sísmica de nuestra loca geografía. El escritor intenta una aproximación desde las emociones analizando los síntomas y luego las réplicas psicológicas que quedan como huellas indelebles tras cada evento:

–Hay, sí, un relámpago de cordura cuando entrevemos, en medio de tanta turbación, que la vida y la muerte no son estados independientes, sino dos fantasmas que se miran de hito en hito. Y esto suele percibirse con tal claridad, que hay un desgarramiento del alma que se escapa en grito: al mutismo del comienzo sigue el llamado doloroso de la vida que no se resigna a perecer así, sin pensarlo ni quererlo. La rapidez con que logran definirlo algunas personas que se resignan a la muerte, por heroísmo o por amor, es una de las sorpresas que me ha dado esta

humanidad cotidiana, que aparenta tan poca cosa, y que en esos momentos suele mostrarse grande y superior a lo que imaginábamos.

Así, desde que Chile es un territorio narrable, su impetuosa naturaleza sísmica está plasmada en cada letra, línea o página en la que escritores, ensayistas, poetas, hombres y mujeres de todas las épocas, estilos y talentos han conjugado-conjurado en la diversidad de géneros cada movimiento de tierra de nuestro país.

Como Pedro de Peralta que ya en 1732 escribe sobre el “terremoto horrible del reino de Chile” que sacudió espacialmente la zona de Concepción el 8 de julio de 1830; a Claudio Gay que refiriéndose a otro terremoto en la misma zona, en mayo de 1751, escribe el relato de un testigo que le cuenta que “toda la noche prosiguió temblando la tierra, y al día siguiente saliendo y entrando el mar”.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Délano, P. *Sin Morir del Todo*. Chile, Editorial Tamarugal, 1988.

Scarpa, R.E., Arteché, M. y Massone J.A. *Poesía Chilena Contemporánea*. Santiago de Chile, Andrés Bello, 1997.

Subercaseaux, B. *Chile o Una Loca Geografía*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001

Subercaseaux, B. *Niño de Lluvias*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1942.

Villoro, J. 8,8: *el miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*. Santiago de Chile, Ediciones UDP, 2010.